

FRANCISCO JAVIER VILLANUEVA Y GODOY

CIRUJANO MAYOR DE LA ARMADA

Alfonso LOPEZ Mc Cabe
Contraalmirante SN

Médico de profesión, argentino de nacimiento y chileno de adopción, don Francisco Javier Villanueva y Godoy destaca en el acontecer nacional del siglo pasado por los valiosos servicios que prestó a nuestra patria durante los cincuenta y cuatro años que residió en Chile, desde su llegada a Santiago como exiliado, el año 1836, hasta su fallecimiento, ocurrido en Valparaíso el año 1890.

Se desempeñó por cuarenta y siete años como cirujano naval, llegando a ocupar el puesto de Cirujano Mayor del Departamento de Marina, jerarquía máxima del escalafón médico naval de esa época.

Entre 1836, año de su ingreso a la Marina de Chile, y 1883, año en que obtuvo su retiro absoluto de la institución, le cupo estar presente en los tres conflictos bélicos en que se vio envuelto nuestro país en ese período, en los cuales defendió el honor y la soberanía de su patria de adopción con la misma entereza y valentía con que lo hicieron los chilenos de nacimiento, que se batieron a su lado.

Como médico naval, actuó en las operaciones destinadas a sofocar los pronunciamientos político-militares ocurridos en ese tiempo, entre los que cabe destacar su participación, como cirujano jefe de las fuerzas leales, en el combate del Barón.

En sus primeros años de servicio, ocupando el cargo de Cirujano Mayor de la Escuadra, participó en las campañas navales de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, terminada exitosamente con la batalla de Yungay, en la que el ejército restaurador, del General don Manuel Bulnes, derrotó a las tropas del ejército protectoral, del General don Andrés de Santa Cruz.

Más adelante, como Cirujano Mayor del Departamento de Marina, orientó sus esfuerzos en el sentido de obtener para el Servicio de Sanidad de la Marina un alto grado de eficiencia operativa y sanitaria, comparable con el alcanzado por organismos similares en las Marinas de Guerra de los países más desarrollados de ese entonces.

En el medio civil se destacó como uno de los médicos de mayor

prestigio profesional de su época, y su vida plétórica de hechos positivos, sabiduría y bondad, fue por muchos años una figura señera para los médicos porteños y del país en general.

Su dedicación al estudio y a la investigación le permitieron poner en práctica en el país los más modernos procedimientos profesionales existentes en el mundo.

En reconocimiento a sus méritos profesionales fue designado Miembro Correspondiente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, título honorífico que lo colmó de orgullo y sincera satisfacción.

Promovió numerosas campañas de salud pública, algunas de las cuales, como la de vacunación antivariólica, tuvieron un óptimo rendimiento.

Su amistad con los intelectuales más destacados de su época determinó su participación en el *movimiento cultural chileno de 1842*.

Perteneció a influyentes instituciones filosóficas y filantrópicas, desde las cuales promovió diversas iniciativas en beneficio de la colectividad.

Emprendemos la tarea de reseñar los aspectos más trascendentes de la vida de este ilustre servidor de nuestra patria, conscientes de nuestras naturales limitaciones, con el único objeto de tratar de reactualizar la memoria de este ciudadano ejemplar, cuyo recuerdo no ha sido cultivado como corresponde a sus merecimientos.

Su existencia, y la labor que cumpliera durante su prolongada permanencia entre nosotros, es desconocida por las generaciones del presente, con excepción de ese selecto aunque reducido grupo de estudiosos forma-

do por los investigadores de la Historia de la Medicina Nacional.



Don Francisco Javier Villanueva y Godoy nació en Mendoza el 3 de diciembre de 1810; vivió en su hogar paterno hasta los 10 años, edad en que terminados sus estudios primarios fue matriculado por sus padres en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, establecimiento en el que terminó su educación humanística y comenzó su educación superior.

Sus progenitores descendían de ilustres familias criollas, avecindadas en la provincia de Cuyo en los lejanos días de la colonización, que por varias generaciones habían residido en esa región.

Su padre fue el esclarecido patriota y militar argentino don José María Villanueva, Comandante de Cívicos de Mendoza, que luchó por la independencia de su patria en las campañas del Alto Perú, combatiendo valientemente a las órdenes del General Belgrano, sirviendo más tarde, junto a los Generales San Martín y O'Higgins, en el período de preparación del ejército de los Andes.

Su madre fue la distinguida dama mendocina doña Josefa Godoy Cruz, hermana del entonces gobernador de la provincia de Cuyo, cuando el mencionado ejército de los Andes se apresaba, en las afueras de Mendoza, para iniciar el cruce de la cordillera, agrupación militar chileno-argentina que recibió de su parte todo el valioso apoyo que pudo prestarle desde el alto cargo que desempeñaba.

El Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, en el que fuera matricu-

lado al término de sus estudios en Mendoza, era un instituto de enseñanza media y superior, de gran fama y prestigio por la reconocida competencia de sus maestros, por la calidad de la instrucción que se impartía en sus aulas y por el éxito y renombre que lograban sus egresados.

En 1827 comenzó sus estudios de medicina en la Universidad de Buenos Aires y seis años más tarde, el 18 de diciembre de 1833, el Tribunal del Protomedicato le otorgó el título de Médico Cirujano.

No satisfecho con el título obtenido, pasados algunos meses se presentó nuevamente a examen, ante el mismo Tribunal Médico, para optar a los grados académicos de Profesor de Medicina y de Profesor de Cirugía, calidad profesional que le fue conferida para ambas asignaturas después de aprobar exitosamente las exhaustivas pruebas teóricas y prácticas que se exigían en estos casos.

Con dichos títulos y grados regresó a Mendoza con el propósito de iniciar sus actividades profesionales cerca de su hogar, junto a sus familiares y en el ambiente que le había sido tan grato durante su niñez y primera juventud.

Sin embargo, a pesar de sus laudables propósitos, no logró ver materializados los proyectos que se había forjado en sus años de estudiante y de médico recién recibido.

A partir de 1835, al asumir por segunda vez el gobierno de su patria el General don Manuel de Rosas, a quien la legislatura de Buenos Aires le había conferido poderes absolutos, se instauró en Argentina la más cruel y despótica de las tiranías.

La situación existente en su país, que hacía imposible una vida normal, obligó a don Francisco Javier Villanueva a abandonar su tierra natal, y con otros miembros de su familia se radicó en Chile, país cuya solidez institucional y estabilidad política lo destacaban entre el resto de las naciones latinoamericanas, en el que, además, vivían muchos parientes suyos.

El 18 de febrero de 1836 arribó a Santiago, alojando en casa del doctor en Derecho don Tomás Godoy Cruz, emigrado a Chile con anterioridad por motivos similares, quien había sido muy bien recibido en Chile y a la sazón ocupaba el cargo de Síndico Procurador del Cabildo de Santiago, puesto muy bien remunerado que le permitía vivir holgadamente, acompañado de su familia.

Una vez radicado en Santiago inició los trámites necesarios para revalidar sus títulos, con el propósito de comenzar lo antes posible el ejercicio de la medicina en nuestro país.

Ateniéndose a las disposiciones vigentes, se presentó a rendir sus exámenes de revalidación ante el Tribunal del Protomedicato, organismo de origen colonial, similar al de Buenos Aires, que se mantuvo en Santiago hasta mediados del siglo diecinueve, al igual que en las demás capitales hispanoamericanas.

A mediados de 1836, aprobado en sus exámenes de revalidación, se dispuso a establecerse en Santiago por el tiempo que fuera necesario, en espera del momento propicio para retornar a su patria.

El 10 de junio de 1836 publicó en el diario "El Araucano" de Santiago, órgano periodístico que cumplía

el rol de "Diario Oficial de la República", un aviso en caracteres destacados, en el que hacía presente que habiendo rendido con éxito las pruebas teóricas y prácticas prescritas para ejercer la medicina en el país, ofrecía sus servicios a quienes desearan consultarlo. Daba como dirección la casa del Coronel don Eugenio Necochea, situada en la calle de la Compañía, dos cuadras y media más abajo de la iglesia del mismo nombre; terminaba el aviso agregando que asistiría gratuitamente a los pobres que recurrieran a sus servicios en su domicilio.

El Coronel Necochea era en ese tiempo el más cercano amigo del entonces todopoderoso ministro de Guerra y Marina, don Diego Portales.

Su relación con el Coronel Necochea lo vinculó al círculo íntimo del ministro, el que lo distinguió, desde el momento de conocerlo, con excepcionales muestras de confianza y estimación. Esta honrosa conexión le deparó un cambio inesperado en su vida, que determinó finalmente su permanencia al servicio de nuestra patria por el resto de su prolongada y fructífera existencia.

A poco de conocerlo, don Diego Portales, vislumbrando tal vez sus cualidades, le ofreció el cargo de Cirujano Mayor de la Escuadra, puesto que aceptó sin mayores dilaciones. El nombramiento se legalizó por Decreto Supremo del 6 de setiembre de 1836, iniciando así su carrera de médico naval.

En esos días la escuadra nacional se reorganizaba rápidamente ante el peligro que había surgido con la creación de la Confederación Perú-Boliviana, de la que el General don Andrés

de Santa Cruz se había autoproclamado Protector, pretendiendo revivir el antiguo virreinato del Perú en el que estarían incluidos, además de Perú y Bolivia, Chile, Ecuador y el norte argentino, intenciones que encerraban un evidente sentido hegemónico que nuestro país no podía aceptar.

Hasta poco antes de su nombramiento, la escuadra nacional se encontraba reducida a dos naves de escaso tonelaje, que en conjunto ofrecían un precario poder ofensivo: el bergantín "Aguiles" y la goleta "Colo-Colo", que se ponían en servicio solamente cuando una necesidad imperiosa surgía en la vida del país, para pasar a desarme cuando la emergencia había sido controlada.

Felizmente, el ministro don Diego Portales, con una visión estratégica poco común en un personero civil, tenía muy claro el concepto de que Chile, para poder emprender una guerra exterior, debía contar previamente con el dominio del mar.

Gracias a la comprensión que tenía el ministro sobre esta realidad, que involucraba la necesidad de que nuestra patria dispusiera de una marina de guerra suficientemente poderosa antes de emprender cualquier operación militar extraterritorial, la Marina pudo obtener los recursos económicos que requería para recuperar esa superioridad naval que jamás debiera haber perdido.

Antes de que se declarara formalmente la guerra, audaces operaciones llevadas a cabo por naves y tripulaciones chilenas, en represalia por el apoyo que buques de la escuadra protectoral habían prestado al General don Ramón Freire en su intento de derro-

car el gobierno del General don Joaquín Prieto, permitieron, en base a presas hechas entre estas naves, formar una fuerza naval suficiente para resguardar la inviolabilidad del litoral, proteger las líneas de comunicación marítimas y bloquear el comercio en los puertos enemigos.

A fines de agosto de 1836 la escuadra nacional disponía de 6 buques de guerra, los que, aun cuando eran menos numerosos que los que formaban la escuadra protectoral, podían considerarse suficientes para dar cumplimiento a la misión que se les tenía asignada.

Era cierto que, comparando una y otra fuerza naval, no podía decirse de ninguna manera que la flota chilena fuera superior a la escuadra protectoral; sin embargo, aunque organizada recientemente y en forma precipitada, la superaba largamente por el peso de sus gloriosas tradiciones y por la calidad, preparación profesional, arrojo y disciplina de sus tripulaciones.

El 9 de setiembre de 1836 don Francisco Javier Villanueva asumió el puesto de Cirujano Mayor de la Escuadra de Chile, siendo destinado a la corbeta "Valparaíso", unidad en que izaba su insignia el Almirante don Manuel Blanco Encalada, recién nombrado comandante en jefe de esa agrupación naval.

Desde esa fecha, hasta el término de la guerra, embarcado primero en la corbeta "Valparaíso" y después en la corbeta "Libertad", participó en la mayor parte de las acciones desarrolladas durante ese conflicto por los buques de la Marina nacional. En todas ellas se destacó por la serenidad que demostró en los combates, por la pericia profesional con que atendió a las

bajas producidas y por la forma como organizó los servicios médicos en esas eventualidades.

Por no corresponder a la naturaleza del tema que estamos tratando, daremos como conocido por los lectores el desarrollo de las operaciones navales cumplidas durante este conflicto, limitándonos, por dicho motivo, a hacer mención de aquéllas en que don Francisco Javier Villanueva tuvo una participación personal.

Su entrada en el conflicto comenzó el 19 de octubre de 1836, cuando la escuadra nacional zarpará rumbo al Perú al mando del Almirante Blanco Encalada, conduciendo a bordo de la corbeta "Valparaíso" a don Mariano Egaña, a quien el gobierno de Chile le había concedido, en calidad de ministro plenipotenciario, las facultades necesarias para pactar con el gobierno del General don Andrés de Santa Cruz la firma de un tratado de amistad o para declarar la guerra si en sus negociaciones no lograba las satisfacciones y seguridades que exigía nuestro país.

Fracasadas sus gestiones de paz, don Mariano Egaña regresó a Chile en la goleta "Colo Colo", mientras el resto de los buques que formaban la escuadra continuaron viaje a Guayaquil en procura de una alianza con el gobierno ecuatoriano, misión encomendada al Almirante Blanco Encalada que tampoco dio resultados favorables para nuestro país.

Mientras tanto, el 28 de diciembre de 1836, Chile declaró formalmente la guerra a la Confederación Perú-Boliviana, y en esos días las naves chilenas "Valparaíso" y "Aguiles", persiguiendo a algunas lanchas cañone-

ras que habían tratado de abordar, entraron a la rada de El Callao, donde sostuvieron un violento fuego de artillería con las fortalezas del puerto.

En los buques chilenos se produjeron escasas bajas que pudieron ser tratadas convenientemente a bordo, bajo la dirección del Cirujano Mayor.

Cabe hacer presente que en las campañas navales de esta guerra tomaron parte, además de don Francisco Javier Villanueva, dos Cirujanos 1^os y tres Cirujanos 2^os, totalizando de esta manera seis profesionales sanitarios, número que más adelante, como sucedió en el combate naval de Casma, se comprobó que era insuficiente para dar una atención adecuada a las bajas que se producían.

En junio de 1837, encontrándose la escuadra nacional en Valparaíso, se produjo el motín de Quillota, después del cual el Coronel don Antonio Vidaurre y las tropas sublevadas, llevándolo como prisionero al ministro don Diego Portales, que luego sería asesinado, avanzaron sobre Valparaíso con la intención de someter a su guarnición militar y apoderarse de los buques de guerra surtos en la bahía.

El Almirante Blanco Encalada, que dirigía la defensa del puerto, designó cirujano jefe de las fuerzas leales a don Francisco Javier Villanueva, lo que le permitió asistir muy de cerca al combate del Barón, en el que las tropas amotinadas fueron derrotadas y sus jefes y oficiales hechos prisioneros, procesados sumariamente y luego fusilados, con la aprobación de toda la ciudadanía.

En esta acción, que fue extraordinariamente cruenta, con un elevado número de muertos y heridos por am-

bos lados, tuvo oportunidad de demostrar su eficiencia y habilidad en el manejo de las bajas, como igualmente sus conocimientos de medicina operacional, a través de la forma en que organizó el sistema de identificación y evacuación de bajas en el combate.

El asesinato del ministro Portales provocó en la población del país, hasta entonces un tanto apática respecto a la guerra que se aproximaba, una reacción inesperada, y apenas producido el luctuoso suceso ciudadanos de todas las edades, situaciones sociales y condiciones económicas se agolparon en las puertas de los cuarteles y en los muelles de Valparaíso, solicitando se los admitiera en los regimientos y naves de la escuadra. Todos querían contribuir con su esfuerzo o con su vida, si llegara el caso de hacerlo, en la defensa del honor y de la integridad del territorio nacional, amagado en esos momentos por las pretensiones hegemónicas del gobernante de bolivianos y peruanos.

El 15 de setiembre de 1837 el Almirante Blanco Encalada zarpó con destino al litoral peruano, al mando de una expedición militar formada por 6 buques de guerra y 17 transportes que llevaban a bordo un ejército constituido por 3.600 soldados, bien apertrechados, en los que el país había cifrado sus mejores esperanzas.

En su derrotero hacia el país del norte, el Cirujano Mayor de la Escuadra estuvo presente en la toma de las localidades de Iquique, de Arica, de Islay y de Quilca, lugar este último que fue elegido para proceder al desembarco del ejército expedicionario, con su caballería, bagajes y demás implementos.

En la toma de estos puestos, aunque no hubo una especial resistencia de parte de sus defensores, se produjo entre la tripulación de los buques chilenos la normal cuota de heridos que se originan en estos casos. Dichos heridos fueron atendidos por el Cirujano Mayor de la Escuadra y por los oficiales cirujanos embarcados en las distintas unidades, con los medios existentes a bordo.

La expedición del Almirante Blanco Encalada finalizó con el Tratado de Paucarpata, cuyos pormenores no nos corresponde analizar.

Sólo recordaremos que conocidos sus términos fue rechazado categóricamente por el gobierno, y que al divulgarse su contenido provocó la repulsa general del país.

El Almirante Blanco Encalada, de tan gloriosa participación en la guerra naval de la independencia, fue arrestado al llegar a Valparaíso, relevado del mando y luego sometido a proceso para establecer la responsabilidad que le cabría en el acuerdo pactado con el enemigo.

Don Francisco Javier Villanueva, muy afecto al Almirante Blanco Encalada, se sintió moralmente obligado a pedir su retiro, petición que le fue rechazada manifestándosele que no correspondía dar curso a lo solicitado, por encontrarse el país en estado de guerra.

Recuperó su tranquilidad de conciencia sólo después de recibir la noticia de que don Manuel Blanco Encalada, aun cuando había perdido el mando de la escuadra y de la nueva expedición que se estaba organizando, había sido absuelto de toda culpabilidad.

A continuación, don Francisco Javier Villanueva fue transbordado a la corbeta "Libertad", buque en que izaba su insignia de comandante en jefe el Capitán de Navío don Roberto Simpson.

A comienzos de enero de 1838 el comandante Simpson y su escuadra zarparon al Perú, con la misión de entregar a su paso por Arica la nota de rechazo del Tratado de Paucarpata y la comunicación de la reanudación de las hostilidades.

Cumplida esta comisión, la escuadra siguió rumbo al norte con el objeto de establecer nuevamente el bloqueo de El Callao, que había sido suspendido después de la firma del tratado rechazado por nuestro país.

En el curso de esta navegación la escuadra nacional tuvo un encuentro con la escuadra protectoral, en el que después de una prolongada persecución, seguida de un duelo de artillería, los buques enemigos, que fueron identificados como la corbeta "Socabaya" y los bergantines "Fundador" y "Junín", lograron retirarse favorecidos por la obscuridad de la noche.

En este encuentro hubo algunos heridos en las naves chilenas, la mayoría de ellos de poca gravedad, lo que permitió que fueran atendidos convenientemente con los elementos sanitarios de cada una de las unidades participantes.

El 17 de enero de 1838, encontrándose la escuadra cruzando frente a El Callao, el comandante Simpson recibió la información de que la corbeta "Confederación", de la escuadra protectoral, se había hecho a la mar rumbo a Arica, horas antes de arribar

él, llevando a bordo al General Ballivián.

La corbeta "Libertad" inició de inmediato su rebusca, dándole alcance al día siguiente; se estableció un encarnizado combate entre ambos buques hasta que finalmente la corbeta "Confederación", que había llevado la peor parte en el encuentro, arrió su bandera y se entregó con sus pasajeros a la nave chilena.

Este combate, que significó obtener para la Marina de Chile una espléndida nave de guerra, bien armada y equipada, dejó numerosas bajas en la corbeta "Libertad".

Don Francisco Javier Villanueva debió prestar atención médica a las bajas producidas, cumpliendo su labor con el acierto demostrado en ocasiones similares y salvando con eficiencia y habilidad quirúrgica a muchos heridos que se encontraban en peligro de muerte.

En febrero de 1838 la escuadra del comandante Simpson volvió a Valparaíso, trayendo como trofeo a la corbeta "Confederación", que de inmediato pasó a reforzar la escuadra de nuestro país.

Las unidades de la flota nacional, en preparación de la nueva campaña que emprendería pasaron a constituir dos divisiones: la primera, con 5 buques operativos, quedó al mando del Capitán de Navío don Carlos García del Postigo, y la segunda, formada por 4 buques destinados a convoyar los transportes con tropas, fue puesta a las órdenes del Capitán de Navío don Roberto Simpson. La primera división partió de inmediato a hostilizar al enemigo, con la orden de espe-

rar frente a El Callao la llegada de la segunda división.

Mientras tanto, en Chile se había organizado un ejército de 5.400 hombres, nombrándose como comandante en jefe de esta agrupación militar y jefe de la expedición al Perú al General don Manuel Bulnes, cuya designación fue recibida con total beneplácito en atención a la personalidad y profesionalismo del alto oficial nombrado.

El ejército restaurador del Perú fue embarcado en 27 transportes, que escoltados por los buques de la segunda división zarparon de Valparaíso el 10 de julio de 1838, realizando la travesía hasta el litoral peruano sin novedades dignas de mención.

Después de tocar en la isla de San Lorenzo, lugar en el que se encontraba la primera división, siguió hasta la Caleta de Ancón, donde el día 8 de agosto de 1838 desembarcó el ejército restaurador, comenzando a partir de esa fecha las operaciones militares que llevarían al éxito final.

El 17 de agosto de 1838 la corbeta "Libertad" (con don Francisco Javier Villanueva a bordo) y el bergantín "Aguiles" entraron al puerto de El Callao en misión de observación, y esa misma noche botes de esas naves, tripulados por oficiales y marineros chilenos, volvieron al interior de la bahía y después de abordar la corbeta "Socabaya" la sacaron de su fondeadero incorporándola a la flota nacional, no pudiendo hacer lo mismo con el bergantín "Fundador" por haber sido barrenado por sus tripulantes al comenzar el ataque.

La corbeta "Socabaya", habilitada luego como buque hospital, siguiendo las indicaciones del Cirujano

Mayor, ha sido la única unidad de esta naturaleza que ha tenido la Armada de Chile a lo largo de su historia.

Dicho buque prestó útiles servicios en esa conflagración, pues sirvió para evacuar de las unidades combatientes a los heridos y se empleó como hospital, ya que por no ser éstos autosuficientes entorpecían las acciones que se debían cumplir y afectaban la moral combativa del resto de la marinería; en él se procedió también a seleccionar aquellos casos que por su gravedad o largo período de recuperación habían dejado de ser militarmente utilizables, siendo necesario evacuarlos a hospitales de la patria para su rehabilitación. Esta etapa de la evacuación se cumplía aprovechando la vuelta a las bases del territorio nacional de los transportes de abastecimientos para los buques de la escuadra.

Es sorprendente que estos procedimientos de medicina operacional, todavía vigentes, hayan sido empleados en épocas tan remotas, y su aplicación sólo es atribuible al criterio excepcional que poseía el Cirujano Mayor, que en esos momentos tenía la responsabilidad de manejar la situación sanitaria en el área de operaciones navales.

Desembarcado en Ancón el ejército restaurador, comenzaron a sucederse vertiginosamente los acontecimientos militares; vino el combate de Guías, la ocupación de Lima, el avance por el Callejón de Guaylas, el combate de Buin y finalmente, el 20 de enero de 1839, la gloriosa batalla de Yungay, encuentro decisivo que dio el triunfo a Chile.

Por este mismo tiempo el General don Andrés de Santa Cruz, careciendo de buques, oficiales navales y

marinería propia, había organizado una flota corsaria, que puesta bajo el mando del capitán francés don Juan Blanchet alcanzó a provocar cierta inquietud en la escuadra chilena, por los sorpresivos ataques que solía emprender contra transportes de abastecimientos cuando éstos no navegaban escoltados.

Poco antes de la batalla de Yungay, más precisamente el 12 de enero de 1839, mientras los buques chilenos "Confederación", "Santa Cruz" y "Valparaíso" hacían aguada y víveres en la rada de Casma, fueron atacados inesperadamente por 4 naves corsarias.

Después de un reñido combate que duró más de 2 horas, en que se luchó a toca penoles, con fuego de cañón y fusilería, habiendo muerto en la acción el capitán Blanchet y sufrido los buques corsarios graves daños y cuantiosas bajas, se retiraron dejando en poder de los chilenos el bergantín "Arequipeño", recuperándose así la unidad que se había perdido en un encuentro anterior.

En el combate naval de Casma hubo 16 bajas en las naves chilenas, 8 de las cuales perdieron la vida en el curso o inmediatamente después de la acción y las otras 8 sufrieron heridas de gravedad variables.

Los heridos de los buques chilenos y del "Arequipeño" tuvieron que ser atendidos por el único médico que había en las naves nacionales, el Cirujano 2º don Juan La-Golbert, al que se le hizo muy difícil prestar sus servicios en esas circunstancias.

Terminada la guerra, el General Bulnes ordenó reembarcar sus tropas a bordo de los transportes, los que convoyados por los buques de la

escuadra, después de reunirse en Talcahuano, fondearon en Valparaíso el 28 de noviembre de 1839.

Una vez desembarcado, don Francisco Javier Villanueva estuvo a cargo de la organización y luego de la dirección del hospital que se instaló en la Quinta Portales, plantel asistencial que fuera creado para dar atención médica a los enfermos y heridos de las campañas del Perú, el que en esencia, por haber estado dirigido y operado por personal de la Marina de Guerra, merece ser considerado como el primer hospital naval que existiera.

Posteriormente, don Francisco Javier Villanueva continuó prestando servicios en la Marina, aun cuando la escuadra, como sucediera en ocasiones anteriores, fue reducida al mínimo indispensable, produciéndose el consiguiente llamado a retiro, temporal o absoluto, de muchos oficiales y el licenciamiento de gran parte de la marinería.

En 1846 fue ascendido a Cirujano Mayor del Departamento de Marina, cargo que ocupaba al producirse en 1865 la Guerra con España y al desencadenarse en 1879 la Guerra del Pacífico, conflictos armados en los que, aun cuando no tuvo una participación personal en las acciones que se desarrollaron, cumplió una importante función en la organización y equipamiento de los Servicios Médicos Navales que estaban bajo su dirección superior.

Al estallar la Guerra del Pacífico, asaltado por escrúpulos de conciencia por el hecho de haber nacido en Argentina, país que no se pronunciaba respecto a la conducta que debería adoptar en el conflicto, presentó la

renuncia de su cargo, la que le fue rechazada por el gobierno en atención a la necesidad de aprovechar su experiencia, a los meritorios servicios que por tanto tiempo había prestado al país y finalmente por la absoluta confianza que se tenía en su persona.

En el período transcurrido entre la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la Guerra del Pacífico, desde el cargo de Cirujano Mayor del Departamento de Marina que ocupaba tuvo una importante participación en el diseño y equipamiento de las enfermerías de los buques de guerra que se construían para Chile en ese tiempo. Así, aportó ideas respecto a la parte sanitaria en la construcción de los blindados "Blanco" y "Cochrane" y de las corbetas "Chacabuco" y "O'Higgins", buques que de esta manera dispusieron de excelentes instalaciones para la atención de los heridos durante las acciones en que les tocó participar en el curso de la Guerra del Pacífico.

Durante los años en que ocupó la jefatura del Servicio de Sanidad Naval, concentró sus esfuerzos en obtener un alto nivel de eficiencia operativa y sanitaria para ese departamento de la Marina, tratando de ponerlo a tono con los progresos que se habían logrado por entonces en los servicios similares de las Marinas de Guerra de los países de más avanzado desarrollo.

Para cumplir dicho objetivo comenzó por modificar la organización sanitaria de la institución, que databa de los tiempos de la primera escuadra nacional, heredada a su vez de las viejas disposiciones de la Ordenanza Naval española.

Al mismo tiempo emprendió la tarea de actualizar los sistemas sanitarios en uso, adoptando medidas e impartiendo instrucciones destinadas a incorporar a la práctica diaria en la institución los conocimientos más recientes en sistema de clasificación de enfermedades, nomenclatura de ellas y diagnósticos, sistemas terapéuticos, técnicas quirúrgicas, procedimientos preventivos, etc.

Una vez establecido definitivamente en Valparaíso pudo satisfacer su aspiración, tantas veces postergada, de ejercer libremente su profesión.

A partir de entonces su vida se hizo más fácil y halagüeña, y el hogar que formara en 1841 con doña Genoveva García y Videla le dio cinco hijos: una mujer y cuatro hombres, todos los cuales fueron distinguidos ciudadanos de nuestro país.

El menor de ellos, don Augusto Villanueva García, ocupó el cargo de Superintendente de Aduanas y también fue por mucho tiempo presidente del Banco de Chile, puesto en el que se desempeñó muy acertadamente, recordándose hasta el presente la relevancia de la gestión que cumpliera en esa entidad bancaria.

El 1º de enero de 1840 fue designado médico jefe de la Sala Purísima del Hospital San Juan de Dios de Valparaíso.

Hasta el presente, en la sala del Consejo del Hospital Carlos Van Buren, nombre con el que se conoce actualmente al antiguo Hospital San Juan de Dios, donde trabajara, existe un retrato suyo como homenaje a su memoria, a sus méritos profesionales y a sus cualidades humanitarias.

En el ambiente civil su figura profesional se destacó como la de uno de los médicos de mayor prestigio científico y espíritu progresista del pasado siglo.

Para reafirmar lo expresado sobre la estatura profesional de este notable cirujano naval, recordaremos una actuación suya que es histórica en la medicina chilena, relatada por el profesor don Adolfo Reccius en su libro "Historia de un Hospital del Puerto", publicado hace algunos años.

El autor refiere que don Francisco Javier Villanueva fue el primer médico que en Valparaíso, en Chile y posiblemente en toda América, usó el cloroformo como anestésico en una intervención quirúrgica.

"El Mercurio" de Valparaíso, en una edición del 23 de octubre de 1848, publica un artículo que titula "Brillante éxito del cloroformo"; en él refiere que don Francisco Javier Villanueva, distinguido médico de Marina, ha logrado el más exitoso resultado al amputar un brazo a una anciana de 90 años, usando el cloroformo como anestésico general, sin que la paciente experimentara el más mínimo dolor y logrando su total recuperación en el curso de 15 días.

Con esta acción médica, cumplida en el Hospital San Juan de Dios de Valparaíso, se inició en nuestro país la era de la anestesia general, que abrió las puertas al amplio campo de la cirugía, hasta entonces restringida a pequeñas intervenciones de precarios resultados, debido a las limitaciones que imponía el dolor.

La intervención mencionada alcanza todavía una mayor significación si se considera que fue llevada a



Cirujano Mayor de la Armada, Francisco Javier Villanueva y Godoy

cabo apenas un año después que el cirujano James Joung Simpson usara por primera vez en Inglaterra dicho procedimiento anestésico, y deberían todavía transcurrir cinco años antes que el mismo Simpson lo aplicara a la Reina Victoria, al nacer uno de sus hijos, después de lo cual el método se generalizó en todo el mundo.

El autor atribuye la circunstancia de que fuera un médico naval el primero que usara en Chile la anestesia general clorofórmica, dos años antes de que apareciera en Santiago la primera información sobre el tema, a la influencia inglesa que siempre ha existido en la Armada Nacional y también a que en aquella época Valparaíso era la puerta de Chile, por donde entraban al país todas las novedades científicas, técnicas, artísticas y de toda índole provenientes de los más remotos lugares de la tierra.

Por ese tiempo su prestigio profesional y sus cualidades humanas le habían significado contar con una numerosa clientela, proveniente no sólo de Valparaíso, sino que de la capital y de otros puntos del país.

En la práctica privada de su profesión, en la que atendía a gente de las más variadas clases sociales y situaciones económicas, sus virtudes no fueron en modo alguno menores que las que demostrara en la Marina de Guerra y en los hospitales y dispensarios de caridad.

Siempre fue costumbre suya atender gratuitamente a los desposeídos de la fortuna, poniéndose por entero al servicio de ellos y entregándoles lo mejor de sus conocimientos, junto con su más completa dedicación a la tarea de sanarlos o, por lo menos,

de aliviarlos en los males que los aquejaban.

El 5 de setiembre de 1848 fue designado Miembro Correspondiente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Dicho título honorífico lo colmó de sano orgullo y de justificada satisfacción. El diploma que certificaba esta distinción especial estaba firmado por el General don Manuel Bulnes, Presidente de la República, por el sabio escritor y jurista don Andrés Bello, Rector de la Universidad de Chile, y por el iniciador de la cirugía en nuestro país, doctor don Lorenzo Sazie, Decano de la Facultad de Medicina de ese establecimiento de enseñanza superior.

Son tan numerosos los aspectos interesantes de la vida de don Francisco Javier Villanueva, que su misma multiplicidad hace que la tarea de reseñarlos sea prácticamente imposible de realizar.

En el campo de la salud pública tuvieron especial relevancia sus esfuerzos para mejorar el nivel cultural y modificar los hábitos de vida de la población para higienizar sus viviendas y lugares de trabajo, para erradicar las fuentes de infección provenientes de basurales y otros depósitos de desechos, y especialmente sus campañas para la prevención de las enfermedades infecto contagiosas, algunas de las cuales, como la de purificación del agua de bebida y la de vacunación antivariólica, dieron óptimos rendimientos.

Por varios años fue Gran Maestro de la masonería chilena; durante su gestión luchó contra la intolerancia imperante, impulsó diversas obras educativas y benéficas y, seguramente,

promovió muchas otras ideas progresistas, de perfeccionamiento individual y de utilidad colectiva, que por la privacidad de las acciones que realiza esa institución no han llegado a nuestro conocimiento.

Su amistad con los más eminentes intelectuales de la época, como: Bello, Sarmiento, Lastarria, Blest Gana y otros, chilenos y argentinos exiliados, lo llevó a integrar el círculo en que se gestó el **movimiento cultural chileno de 1842**, que consagró a nuestra patria como la sede de la ilustración hispanoamericana.

Entre estos amigos suyos merece mención aparte su ex condiscípulo Juan Bautista Alberdi, considerado universalmente como el más alto exponente del pensamiento americano del siglo XIX. Su vinculación amistosa con el insigne jurisconsulto, sociólogo, escritor y diplomático argentino se mantuvo hasta la muerte de Alberdi, ocurrida en Buenos Aires en 1884, la que, por otra parte, se vio reforzada durante la obligada residencia de éste en Valparaíso, entre 1844 y 1855.

De la lectura de la nutrida correspondencia epistolar que mantuvieron durante su vida se ha podido obtener una valiosa información histórica sobre el ambiente, personajes y acontecimientos que les tocó conocer en la interesante época en que vivieron.

Su inquietud lo llevó a incursionar en el campo del periodismo, siendo varios los artículos aparecidos en "El Mercurio" de Valparaíso, en la "Revista de Valparaíso" y en el "Museo de Ambas Américas", publicaciones de gran difusión en esa época.

En 1866 fue designado director

del Dispensario de Pobres del Hospital Del Salvador, cargo desde el que entregó generosamente, además de su sabiduría profesional, su proverbial abnegación y sentido humanitario.

En 1876 el intendente de la provincia lo nombró miembro de la Comisión de Higiene Pública de Valparaíso, y en 1883 el Presidente de la República lo designó integrante de la Junta Central de Vacunas.

Desde estos puestos, ahora con respaldo oficial, pudo aportar, en beneficio de la colectividad, la experiencia que se había formado en las campañas de salubridad que por largos años promoviera en Valparaíso por iniciativa personal.

El 20 de marzo de 1883, a los setenta y tres años de edad, se le concedió el retiro voluntario de la Marina con el sueldo y rango de Capitán de Fragata, grado equivalente al de Cirujano Mayor del Departamento de Marina, que estaba ocupando.

En su expediente de retiro consta haberse desempeñado por 9 años, 8 meses y 18 días como Cirujano Mayor de la Escuadra; por 36 años, 5 meses y 3 días como Cirujano Mayor del Departamento de Marina, y de habersele abonado 1 año y 9 meses por servicios prestados durante la guerra, completando de esta manera 47 años, 10 meses y 21 días, válidos para su retiro.

Después de su alejamiento de la Marina, las autoridades le encomendaron la recopilación de las disposiciones sanitarias existentes, las que revisadas, seleccionadas y reglamentadas reunió en un texto único que vino a facilitar su comprensión y aplicación.

Don Francisco Javier Villanueva falleció casi a los 80 años de edad, el 8 de junio de 1890, en su residencia de la calle Victoria N° 128 de Valparaíso, sobreviviéndole su esposa, fallecida en 1892, y varios de sus hijos.

Sus restos mortales fueron sepultados en el Cementerio N° 1 de Valparaíso, con los honores militares correspondientes a su rango y con la expresión de duelo del Cuerpo Médico, de jefes y oficiales de la Armada, de miembros de las instituciones civiles a que había pertenecido, de numerosos amigos y de sus pacientes agradecidos, de los cuales muchos le debían la salud y no pocos la vida.

Don Francisco Javier Villanueva fue uno de los médicos más destacados y prestigiados de su época, que se

entregó por completo al servicio de sus semejantes y de su patria de adopción, con inteligencia, espíritu de sacrificio y sabiduría, llegando incluso a arriesgar su vida en defensa de Chile cuando las circunstancias lo hicieron necesario.

Su existencia, pletórica de hechos positivos, y sus cualidades personales y profesionales lo ubicaron en un lugar prominente dentro del ambiente nacional del siglo pasado. Sin embargo, su nombre, su vida y su obra han permanecido inexplicablemente olvidados, siendo totalmente desconocidos por las presentes generaciones, cuando con toda justicia deberían estar grabadas en el Cuadro de Honor de la Armada de Chile y en el libro de los Anales Históricos de la Medicina Nacional.

BIBLIOGRAFIA

- Adriazola Asuero, Alberto. "El Servicio de Sanidad de la Armada Nacional". Talleres Tipográficos de la Armada, Valparaíso, 1908.
- "Brillante éxito del cloroformo". *El Mercurio* de Valparaíso, ed. del 23 de octubre de 1848.
- Diario Oficial *El Araucano*, año 1836. Aviso profesional de don Francisco Javier Villanueva. Ed. del 27 de mayo y 10 de junio de 1836.
- Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A. Unión Tipográfica Ed. Hispano Americana, México, 1953.
- Encina - Castedo. "Resumen de la Historia de Chile", tomo II 1822 - 1879. Empresa Zig-Zag, Santiago de Chile, 1956.
- "Epistolario de don Juan Bautista Alberdi". Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1967.
- Fuenzalida Bade, Rodrigo. "Ilustres Forjadores de la Institución". Revista de Marina julio - agosto de 1968.
- "Hoja de Servicios del Cirujano Mayor del Departamento de Marina don Francisco Javier Villanueva". Archivos de la Dirección General del Personal de la Armada, 1836-1883.
- Laval M., Enrique. "Historia de la Medicina", año 1949.
- López Mc Cabe, Alfonso. "El Día de la Sanidad Naval", Revista de Marina nov-dic. de 1970.

- Moore Bravo, Eduardo. "Médicos que han residido en Chile en cuatro siglos", Imp. *El Globo*, Santiago, 1920.
- Reccius E., Adolfo. "Historia de un Hospital del Puerto". Talleres Tipográficos Claus von Plate, Santiago, 1973.
- Sepúlveda Chavarría, Manuel. "Algunos Rasgos de la Personalidad de don Francisco Javier Villanueva y Godoy". Revista Masónica de Chile marzo-abril 1979, Santiago de Chile.
- Uribe Orrego, Luis. "Nuestra Marina Militar". Impr. de la Armada, Valparaíso, 1915.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. "Los Médicos de Antaño en el Reino de Chile. Tribunal del Protomedicato". (2a. Ed.) Ed. Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1974. (1a. ed. año 1877).

